

# **El rastro del tiempo**

**Carlos Maza Gómez**

© Carlos Maza Gómez, 2017  
Todos los derechos reservados

Hora tras hora, día tras día,  
entre el cielo y la tierra que quedan  
eternos vigías,  
como torrente que se despeña  
pasa la vida.  
Devolvedle a la flor su perfume  
después de marchita;  
de las ondas que besan la playa  
y que una tras otra besándola expiran  
recoged los rumores, las quejas,  
y en planchas de bronce grabad su armonía.  
Tiempos que fueron, llantos y risas,  
negros tormentos, dulces mentiras,  
¡ay!, ¿en dónde su rastro dejaron,  
en dónde, alma mía?

*Rosalía de Castro*

# Índice

Manuela .....	5
Julia .....	99
El niño .....	198
Epílogo .....	277

# Manuela

# 1

José Gonzalo espera tranquilo que su mujer cumpla su tarea. No es un hombre educado, fino en sus modales ni delicado, pero es un trabajador como pocos, un aragonés firme y recio como tantos. Pese a que afirme no estar nervioso, fuma un cigarro y mira la calle. Olvés es un pueblo muy pequeño, algo pobre en recursos. Levantado entre el río Jiloca y la sierra de Pardos, la tierra no es amplia ni feraz, pero al menos da para vivir.

José tiene 23 años pero ya se ha casado dos veces. La primera fue una desgracia de mujer, alguien de quien su madre le advirtió que estaba trastornada. Él no hizo caso. Le gustaban sus ojos, su cuerpo cuando se dejaba abrazar en las fiestas, su risa. Se casaron aunque su madre meneaba la cabeza. Ya conocía a su hijo y sabía que si algo se le metía entre ceja y ceja nadie conseguiría bajarle del burro. Además, era un chico bruto, famoso en el pueblo desde que aquella vez, por una apuesta con sus amigos, capó a un gato de un mordisco. No era extraño tampoco que se pelearan entre ellos de un modo peculiar: a cabezazos. El último en aguantar en pie aquellos tremendos golpes en la testa era el ganador. Más de una vez llegó a casa con la cara ensangrentada, su madre suspirando viéndole marchar al pozo para lavarse.

De manera que no se le podía llevar la contraria. Se casó con aquella muchacha de ojos bonitos pero mirada extraviada, de cuerpo esbelto poco hecho para el trabajo. En no pocas ocasiones parecía que le había dado un aire, se sentaba en una silla y podía estar en silencio durante días

enteros, mirando el suelo, apenas comiendo cuando se le empujaba a ello. A José se lo llevaban los demonios, le gritaba al principio, luego se resignó y no le hacía caso. La madre no decía nada. En el fondo, le daba pena de su hijo y hasta de ella. Si pusiera un poco de voluntad, pensaba, si tuvieran un hijo del que tuviera que preocuparse. Ella sabía que su nuera tenía algún primo loco, uno que se había tirado a un barranco sin decir una palabra, otro al que se habían llevado lejos porque se dedicaba a pegar a todo el que se cruzaba en su camino.

Una noche la pareja tuvo una bronca terrible. Los padres de José se miraban en el dormitorio, sin saber cómo intervenir, indecisos sobre si debían hacerlo. En un momento determinado oyeron que alguien caía al suelo. “Le ha dado una bofetada” musitó la madre. Permanecieron en silencio. “Procura dormir” dijo el padre, con mal sabor en la boca.

A la mañana siguiente la muchacha no aparecía. José dijo que, al despertar, no la encontró. Tal vez se había enfadado por la pelea, comentó mientras desayunaba tan tranquilo. Luego hablaron de recoger las patatas, sacar las ovejas que tenían hasta el monte bajo. A la hora de comer la chica seguía sin dar señales de vida. La madre se intranquilizó. Cuando José volvió del campo le dijo que tenía que salir a buscarla. Él asintió sin mediar palabra, con gesto resignado.

Por la tarde se juntaron algunos amigos, otros vecinos. Nadie la había visto, ninguno sabía qué había pasado con ella. Empezaron a rastrear el monte. “Mañana tenemos que registrarlo todo” dijo el alcalde, “ahora se va haciendo de

noche”. Entonces oyeron el grito. La madre de José los llamaba desde lejos haciendo gestos. “La ha encontrado tu padre” le gritó cuando estaban más cerca. El padre se encargó de sacar el agua del pozo aquella tarde, cuando empezaba a oscurecer. El cubo tropezó, hizo un ruido extraño. Se asomó y a la incierta luz de aquella hora percibió un lío de ropas. Reconoció el camisón de su nuera.

Es un día de febrero de 1888. Hace un frío helador fuera. José fuma y espera que nazca su primer hijo. Han pasado tres años desde aquella desgracia. Sólo él sabe lo que sucedió de verdad en aquel infortunado matrimonio. Nunca ha dicho una palabra de la noche en que discutieron, por qué lo hicieron, por qué le pegó. En el pueblo se rumorea que fue él quien la arrojó al pozo. La mayoría cree que lo hizo ella por sí misma, como aquel primo loco que se tiró al barranco. Las historias crecen, se extienden, forman parte de la memoria del pueblo y terminan por morir con sus protagonistas. Pero José Gonzalo tiene solo 23 años, aún le queda toda una vida hasta que muera durante la guerra casi cincuenta años después.

Conoció a otra chica en un pueblo cercano. No era tan guapa ni le gustaba tanto su sonrisa, y su cuerpo era algo grueso pero fuerte. A Bárbara Bueno le llegaron también los rumores, sus padres le advirtieron de lo que se contaba, pero ella no hizo caso. “Son habladurías” les dijo, “este chico es formal, su familia tiene algunas tierras, pocas pero dan para vivir”. El padre se enteró y era cierto. No nadarían en la abundancia, pero allí nadie lo hacía. Además, una hija era una rémora siempre, casarla era el objetivo, que otro se hiciera



cargo de ella. Se pusieron de acuerdo en la dote con rapidez. José, el gigante rubio y de ojos azules, parecía tener prisa, quizá para que se olvidase su primer matrimonio o para olvidarlo él.

Manuela nace pronto, no hay que esperar demasiado. Su madre Bárbara ha aguantado el dolor lacerante hasta que no ha podido más. Entonces las mujeres, presididas por la comadrona, la encierran en el dormitorio y piden agua caliente y paños en abundancia. Al fin una de las señoras abre la puerta: “Has tenido una niña” le dice. Él piensa que aún llega a tiempo de celebrarlo con los amigos en la taberna y hacia allá se dirige. Hasta la mañana no verá a la criatura, que mama del pecho generoso de su madre. La mira complacido, aunque nada en su rostro lo indique, y dice: “Se llamará Manuela, como mi madre”. Bárbara hace un gesto de asentimiento mientras mira orgullosa a la pequeña. “Tengo que hablar con el cura” añade José dando media vuelta.

Se quedan solas la madre y la hija. Su suegra asoma para preguntar si necesita algo y ella dice que no. Ambas sonríen. La mayor parece emocionada pero no dice nada, en su casa no se malgastan las palabras. Va a la cocina para preparar un buen caldo del que se alimentará la parturienta durante días, como es la costumbre. Bárbara acaricia un mechón ralo de pelo que presenta Manuela. Sabe que la querrá con locura, que la niña le corresponderá. Andando el tiempo a la hija de aquella recién nacida se le saltarán las lágrimas recordando a su abuela Bárbara.

Después de Manuela vendrá Victoriana, luego José, el malhadado hijo al que matarán en la guerra, finalmente

Benita. Todos ellos vivirán en aquel pueblo de seis calles y dos plazas, setenta casas en total, quinientos habitantes cuando Manuela decida marchar.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

